

do lógica. La fuerza es el producto de la necesidad: la seguridad mantiene y alienta la debilidad. La obra de mejoramiento de las condiciones de la existencia—el verdadero progreso civilizador que afirma más y más la vida y disminuye sus inquietudes—había seguido su gradación persistente. Los triunfos de la humanidad unida, sobre la naturaleza, se habían sucedido sin cesar. Las cosas que ahora no son más que sueños, se habían convertido en proyectos deliberadamente puestos en ejecución. Y lo que yo veía ahora era el fruto de todo eso: La inercia absoluta, el eclipse de la intelectualidad.

«Aun el impulso artístico había muerto! Adornarse de flores, cantar y danzar al sol, he ahí todo lo que quedaba del espíritu artístico y nada más. Y aún eso debía más tarde dar lugar á una satisfacción inactiva. Nosotros estamos aguijoneados incesantemente por la espuela del sufrimiento y de la necesidad; pero he aquí que al fin, esa odiosa espuela quedó rota.

«Y me quedé ahí, en medio de las tinieblas que llegaban, pensando haber con esta simple explicación resuelto el problema del mundo,—penetrado el misterio de la existencia de aquellos deliciosos séres. Bien pudo ser que los medios que ellos imaginaron para restringir el crecimiento de la población hubiesen tenido grande éxito, y que su número, en vez de permanecer estacionario, hubiera disminuido. Esto hubiera explicado el abandono de las ruinas. Muy sencilla era mi explicación y suficientemente plausible, como lo son todas las ideas erróneas.

VII

UN GOLPE INESPERADO

«En tanto que yo meditaba en este perfectísimo triunfo del hombre, la luna llena, amarilla é irregular surgió en el Oeste con un desbordamiento de luz argentada. Las brillantes personitas cesaron de agitarse á mis piés y yo me estremecí con el aire fresco de la noche y me decidí á bajar á buscar un paraje donde dormir.

«Busqué con la mirada un edificio que ya conocía. Después mi vista se sumergió á lo lejos hasta la estinga blanca sobre su pedestal de bronce, más y más distinto á medida que la luna ascendente brillaba más. Podía ver perfectamente el paisaje. De un lado el enredo florido de los rododendrones sombríos en medio de la luz pálida; del otro el pequeño prado de césped. Una duda singular heló mi satisfacción.—No, me dije resueltamente, esos no son los céspedes

“Pero eran los céspedes, porque la faz leprosa y lívida de la esfinge estaba vuelta hacia ellos. Imaginaos lo que debí experimentar cuando tuve la perfecta convicción de lo que pasaba.... Oh! no lo podréis.... La Máquina había desaparecido!

En ese momento, como un fuetazo en la cara me vino á la mente la posibilidad de perder mi propia época, de quedar abandonado é impotente en aquel extraño nuevo mundo. Este sólo pensamiento me daba una real angustia física. Una angustia que me oprimía la garganta y me cortaba la respiración. Un instante después yo era presa de un acceso de temor loco y me eché á bajar la colina á grandes saltos, repitiéndome en tanto que corría:—La han cambiado de sitio, la han escondido sin duda entre los matorros, fuera del camino. Sin embargo, corría con todas mis fuerzas. Todo este tiempo, con la certidumbre que sigue algunas veces á un terror excesivo, sabía que una seguridad semejante era simple locura, yo sabía instintivamente que la Máquina había sido transportada fuera de mi alcance. Respiraba con pena. Supongo haber recorrido la distancia entera de la cresta de la colina, al pradito, dos millas poco más ó menos en diez minutos y sin embargo no soy ya un hombre. Al correr maldecía en alta voz la loca confianza que me había hecho abandonar la Máquina y gastaba así mi respiración. Yo gritaba con todas mis fuerzas y nadie me respondía. Ninguna criatura parecía moverse en ese mundo que solo esclarecía la claridad lunar.

“Cuando llegué al prado mis peores mie-

dos se encontraron realizados. No se veía huella alguna de la Máquina. Me sentía yo desfallecido y helado en el prado vacío entre la enredada sombra de los matorros. Corriendo furiosamente di la vuelta al prado como si la Máquina hubiese podido estar oculta en algún rincón.

“Habría podido consolarme imaginando que las personitas aquellas habían puesto la Máquina bajo algún abrigo; si no hubiese estado convencido de su imperfección física é intelectual. Eso era lo que me consternaba: la presunción de algún poder hasta entonces desconocido para mí, por intervención del cual mi invención había desaparecido. Sin embargo, yo estaba cierto de una cosa: á menos de que cualquier otra época hubiese producido su duplicado exacto, la Máquina no podía haberse movido en el tiempo.—Las palancas que yo tenía en mis bolsillos hacían imposible el movimiento, de suerte que tan sólo la habían ocultado.... pero dónde podía estar?

“Creo que debía ser presa de un acceso de frenesí; recuerdo haber explorado á la claridad de la luna, con una precipitación violenta todos los matorros que rodeaban la esfinge y haber asustado á una especie de animal blanco al cual tomé por una clase de mono. Recuerdo también haber roto innumerables ramas hasta que mis manos quedaron ensangrentadas.—Después sollozando y delirando en mi angustia de espíritu descendí hasta la gran construcción de piedra. La gran sala estaba oscura, silenciosa y desierta. Me deslicé por el suelo desigual y caí so-



bre una de las mesas de malaquita rompiéndome casi la tibia. Encendí un cerillo y penetré más allá de las polvosas cortinas de que ya les he hablado.

«Ahí encontré un segundo salón cubierto de cojines, sobre los cuales dormían como unas veinte personitas. Estoy seguro de que encontraron mi segunda manera de aparecer un poco extraña, surgiendo repentinamente de las tinieblas apacibles con ruidos inarticulados y la irrupción de la llama de un cerillo. Porque ellos ya no sabían lo que era un cerillo.—Dónde está la máquina? comencé yo con el tono de un niño encolerizado, tomándolos y sacudiéndolos uno á uno. Algunos rieron, otros se mostraron asustados. Cuando los ví que me rodearon, me vino al

espíritu la idea de que hacía una cosa muy tonta ensayando despertar el miedo en aquellas naturalezas que ya lo habían olvidado según lo creí al penetrar en aquel mundo extraño.



«Bruscamente arrojé el cerillo y chocando con alguien en mi carrera, salí corriendo á través de la gran sala que servía de comedor hasta afuera, donde irradiaba la claridad lunar. Oí gritos de terror y que sus piesecitos corrían y tropezaban aquí y ahí. No recuerdo ya todo lo que pude

hacer en tanto que la luna recorría el cielo. Supongo que fué la naturaleza imprevista de mi pérdida la que me enloqueció. Me sentí sin esperanza, separado de los de mi especie—extraño animal en un mundo desconocido. -- Debí sin duda errar divagando, gritando y vociferando contra Dios y el Destino. Tengo el recuerdo de una horrible fatiga, en tanto

que pasaba aquella larga noche de desesperación. Recuerdo haber buscado en tal ó cual paraje imposible; haber recorrido vacilante las ruinas y tocado extrañas criaturas en la negra obscuridad y al fin haberme extendido cerca de la esfinge y haber llorado miserablemente porque aun mi cólera de haber hecho la locura de abandonar la Máquina, se había ido con mis fuerzas. No me quedaba más que mi miseria. Después me dormí, cuando desperté era ya de día y una pareja de aquellos monos blancos que había visto la noche anterior saltaba al alcance de mi mano sobre el prado.

«Me senté ensayando, en la frescura de la mañana, recordar cómo había llegado ahí y por qué tenía una sensación tal de abandono y desesperanza. Entonces las ideas volvieron claras á mi espíritu. Con la luz distinta y razonable podía netamente considerar mi situación. Comprendí la loca estupidez de mi frenesí de la víspera y pude razonar conmigo mismo.

«Supongamos lo peor, me decía: Supongamos que la Máquina está definitivamente perdida, destruída acaso. Es necesario que tenga yo calma y paciencia, que aprenda las costumbres de estas gentes; que adquiera una idea precisa de la manera con que se efectuó mi pérdida y de cómo podré obtener los materiales y los útiles que acaso me permitían al fin construir otra máquina. Esta debía ser mi sola esperanza, una esperanza muy pobre sin duda; pero mejor que la desesperación. Y después de todo, aquel era un mundo curioso y espléndido.

«Pero probablemente la Máquina había sido substraída solamente, y para esto se necesitaba tener también calma y paciencia, encontrar el sitio en que había sido escondida, y apoderarme de ella por la astucia ó por la fuerza. Me puse penosamente en pié y miré al rededor de mí, preguntándome dónde podría proceder á mi toilette. Me sentía fatigado, hecho pedazos por el viaje. La frescura de la mañana me hizo desear una frescura igual. Había agotado mi emoción. A decir verdad, buscando lo que me faltaba, me sorprendí de la excitación de la víspera. Examiné cuidadosamente el suelo del pradito. Perdí el tiempo en preguntas fútiles á las personitas que se aproximaban. Ninguna llegó á comprender mis gestos, algunos permanecieron simplemente estúpidas, otras creyeron en una broma y se rieron en mis narices. La tarea más difícil para mí en el mundo, fué la de impedir á mis manos que abofeteasen sus caritas sonrientes.

«En los macizos de verdura, y bajo los manzanos cubiertos de flores, percibí las cabezas de dos criaturitas vestidas de telas anaranjadas, que venían hacia mí. Volvíme hacia ellas sonriendo y haciéndoles signos de que se aproximaran. Vinieron, é indicándoles el pedestal de bronce, ensayé hacerles comprender que yo deseaba abrirlo. Pero apenas les hube hecho esta indicación, portáronse respecto á mí de una singular manera. No sé cómo describir á ustedes su expresión.

«Supongan ustedes que hacen á una dama respetable gestos groseros é indecentes. Pues bien, esa dama hubiera tomado la actitud

que ellos tomaban. Apartáronse de mí como si hubieran recibido las peores injurias. Ensayé en seguida el efecto de mi mímica en un hombrecito vestido de blanco, y que tenía el aspecto más dulce; el resultado fué el mismo. Por una parte, su actitud me avergonzaba. Pero ustedes comprenden, yo quería encontrar la Máquina. Cuando le ví volverme la espalda mi mal humor se exasperó. En dos ó tres zancadas le alcancé, le cogí por la parte flotante de su túnica y le arrastré al lado de la esfinge. Pero su rostro mostraba una expresión tal de horror y repugnancia, que le dejé.

«Sin embargo, yo no quería aún confesar-me vencido; golpeaba con mis puños los panós de bronce. Creí oír alguna agitación en el interior—para hablar con más claridad, creí oír risas sofocadas—pero debí engañarme. Entonces fuí á buscar al río un grueso guijarro y me puse á martillar uno de los panós, hasta que hube aplanado el relieve de una lámina. Los frágiles hombrecillos debieron oírme golpear varias veces, cuando menos hasta una milla de distancia, pero no se preocuparon por eso. Yo podía verlos en grupos sobre las pendientes arrojándome miradas furtivas. Por fin, sin aliento, fatigado, me senté para vigilar el sitio. Pero estaba demasiado agitado para permanecer mucho tiempo tranquilo. Yo soy demasiado occidental para una larga acción. Podría trabajar en el mismo problema durante años, pero permanecer veinticuatro horas tranquilo ya es otro asunto.

«Al cabo de un instante me levanté y me

puse á andar sin objeto á través de los prados y hacia la colina.—Paciencia, me decía yo, si quieres tener tu Máquina, es preciso que dejes á la esfinge tranquila. Si ellos quieren guardarla, es inútil golpear sus panós de bronce, y si no quieren guardarla te la devolverán inmediatamente que puedas reclamarla. Encarnizarse en medio de todas estas cosas desconocidas contra un enemigo como ese, es desesperante. Es el camino de la monomanía. Aprende este mundo nuevo. Aprende sus costumbres, obsérvalo, abstente de una conclusión precipitada en cuanto á sus intenciones. Al fin encontrarás el hilo de todo eso. Entonces, de pronto, me dí cuenta de lo cómico de mi situación: el pensamiento de los años que yo había empleado en estudios y en labores para llegar á las edades futuras y ahora la ardiente angustia de salir de ellas. Yo mismo me había forjado la situación más descabellada y extraña que un hombre se haya imaginado jamás y ahora yo la sufría. Acabé por reírme á carcajadas.

«Cuando atravesé el gran palacio me pareció advertir que las personitas aquellas me evitaban. Esto podía ser simple imaginación ó se debía acaso á mis golpes de piedra en las puertas de bronce. Sea como fuere, estaba casi seguro que huían de mí. Yo tuve cuidado sin embargo de hacer como que no lo advertía y de no perseguirlas. Al cabo de dos ó tres días las cosas volvieron á su primitivo estado. Hice todos los progresos que pude en la lengua y llevé mis exploraciones á todas partes. A menos que yo no

hubiese percibido algún punto sutil, su lengua era excesivamente sencilla—casi exclusivamente compuesta de sustantivos concretos y de verbos—me parecía que había pocos términos abstractos y que empleaban poco el lenguaje figurado. Sus frases eran habitualmente muy sencillas, compuestas de dos palabras y yo no podía hacerles entender ni comprender yo mismo sino las más simples proposiciones. Me decidí á dejar la idea de la Máquina y el misterio de las puertas de bronce hasta donde fuese posible, á un lado, hasta que mis conocimientos aumentados pudiesen aclararme sobre el punto de una manera natural. Sin embargo, cierto sentimiento que ustedes comprenderán fácilmente me retenía en un círculo de algunas millas al rededor del sitio de mi llegada.

VIII

Exploraciones.

«Hasta donde yo podía ver, el mundo mostraba la misma exhuberancia de riqueza que el valle del Támesis. De cada colina á donde subí pude ver la misma abundancia de edificios espléndidos, infinitamente variados de estilo y de materia; los mismos grupos de árboles cubiertos de flores. Aquí y ahí el agua brillaba como la plata y más allá el país se elevaba en azules ondulaciones de colinas y desaparecía á lo lejos en la serenidad del cielo. Una particularidad que atrajo bien pronto mi atención fué la presencia de ciertos pozos circulares, que me parecieron de una gran profundidad. Uno de ellos estaba situado cerca del sendero que ascendía á la colina y que yo había seguido en mi primera excursión. Como los otros tenía un brocal de bronce curiosamente trabajado y estaba protegido de la lluvia por una pequeña cú-

pula. Sentado al borde de estos pozos y escrutando su obscuridad profunda, no podía ver reflejo alguno de agua ni producir la menor reflexión con la flama de mis cerillos; pero en todos ellos oía yo cierto rumor, un ruido sordo, por intervalos, como las palpitations de una enorme máquina; y juzgando por la dirección de la flama de mis cerillos, descubrí que una corriente de aire regular estaba establecida en los pozos. Acabé por creer en un sistema de ventilación subterránea cuyo objeto no me explicaba.

«Por lo que ve á las sepulturas, por ejemplo, no veía yo en ninguna parte signo alguno de cremación, ni nada que pudiese hacer pensar en tumbas, pero me vino la idea de que podían existir cementerios ú hornos crematorios en alguna parte más allá de mi campo de exploración. Después hice una observación más extraña aún: que no había entre aquellas gentes ningún individuo viejo ó enfermo.

«Deb» confesar que la satisfacción que tenía de mi teoría primera acerca de una civilización automática y de una humanidad en decadencia, no duró largo tiempo. Sin embargo, yo podía concebir otra. Déjenme ustedes que les exponga mis dificultades. Los diversos y grandes palacios que yo había explorado no eran más que simples residencias, grandes salas é inmensos dormitorios. No pude encontrar ni máquinas ni material alguno. Y sin embargo, aquellas gentes iban vestidas de hermosas telas que era preciso renovar, sin duda, de cuando en cuando, y sus sandalias aunque sin orna-

mentos eran ejemplares demasiado completos de trabajo metálico. De un modo ó de otro era preciso fabricar cosas. Y aquellas criaturitas no daban muestra alguna de vestigio alguno de tendencias creadoras. No había ni tiendas, ni talleres, ni signo alguno de importación entre ellos. Pasaban todo su tiempo en bañarse en el río, en hacerse la corte de una manera pueril, en comer frutas y en dormir. Yo no podía darme cuenta de cómo todo eso duraba y se mantenía.

«Pero volvamos á la Máquina del Tiempo: alguien—yo no sabía quien—la había encerrado en el pedestal hueco de la Esfinge Blanca. *Por qué?*

Me era absolutamente imposible adivinarlo así como también el uso de esos pozos sin agua y de esas columnas de ventilación. Me faltaba un hilo conductor. Sentía cómo les explicaría yo esto? Supongan ustedes que encuentran una inscripción con frases, aquí y ahí, claras y escritas en excelente inglés, pero interpretadas de otros signos, de palabras y aún de letras que les son á ustedes absolutamente desconocidos. Pues bien, el tercer día de mi visita, de esta suerte se presentaba ante mí el mundo de ochocientos dos mil setecientos uno.

«Ese día me conquisté una amiga—ó algo por el estilo. Aconteció que miraba yo algunas de aquellas personitas bañarse en un romanso del río, cuando una de ellas fué arrastrada por la corriente.

«La corriente principal era demasiado fuerte, pero poco temible aún para un nadador ordinario. Tendrán ustedes una idea

de la indiferencia de aquellas gentes, cuando les diga que ninguno de ellos hizo el más pequeño esfuerzo para ir al socorro de la personita que, lanzando débiles gritos, se ahogaba ante sus ojos. Cuando yo advertí aquello me desvestí á toda prisa, y entrando al río atrapé á la criatura y la traje á la ribera. Algunas vigorosas fricciones la reanimaron, y bien pronto tuve la satisfacción de verla completamente repuesta. Tan poca estima tenía yo para aquella gente, que no esperaba por cierto gratitud alguna. Esta vez, sin embargo, me equivoqué.

«El suceso había acontecido en la mañana; en la tarde, al volver de una exploración, volví á ver á la criaturita, una mujer según me pareció, y me recibió con gritos de alegría y me ofreció una guirnalda de flores, evidentemente hecha para mí.

«Esto me conmovió. Me sentía un poco aislado é hice lo mejor para testificar cuánto apreciaba el dón. Bien pronto nos encontramos sentados en un bosque, cambiando una conversación compuesta, sobre todo, de sonrisas. Los testimonios de amistad de la criaturita me afectaban, exactamente como lo habrían hecho los de un niño. Nos ofrecíamos flores y ella me besaba las manos. Yo besaba también las suyas. Después ensayé conversar y supe que se llamaba Weena, nombre que me pareció suficientemente apropiado, aun cuando no tuviese la menor idea de su significación. Ese fué el principio de una extraña amistad, que duró una semana y terminó... como lo verán ustedes.

«Ella era absolutamente parecida á un

niño. Quería estar conmigo sin cesar. Trataba de seguirme por donde quiera y en mi expedición siguiente se me oprimió el corazón al verla agotándose de fatiga y llamandome querellosamente. Porque me era preciso penetrar los arcanos de aquel mundo. Yo no había ido al futuro — pensaba — para dedicarme á un *flirt* en miniatura. Sin embargo, su pena cuando yo la dejaba era tan grande! sus quejas y sus reproches cuando nos separábamos llegaban casi al frenesí y creo que su cariño me daba tantas molestias como gustos. No obstante, fué para mí una saludable distracción. Yo creía que sólo una afección pueril la ligaba á mí. Hasta que fué demasiado tarde no supe claramente el mal que le había hecho durante mi permanencia. Hasta entonces no supe claramente tampoco lo que había sido para mí. Porque por sus muestras de afección y su manera fútil de mostrarme que se inquietaba por mí la curiosa muñequita me proporcionaba á mis regresos á la vecindad de la Esfinge Blanca, casi el sentimiento de que volvía á mi casa, y desde la cima de la colina buscaba con los ojos su delicada figura pálida y rubia.

«Por ella supe también que el temor no había desaparecido de la tierra. Estaba muy tranquila durante el día y tenía en mí la más singular confianza; porque una vez, en un momento de impaciencia absurda, le hice gestos amenazadores y ella simplemente se echó á reír. Pero tenía la sombra y la obscuridad, y le daba horror todo lo negro. Las tinieblas eran para ella la sola cosa

aterrorizadora y ante ellas experimentaba una emoción singularmente violenta. Noté entonces entre otras cosas, que aquellos pequeños seres se juntaban llegada la noche, en el interior de los grandes edificios y dormían en grupos. Entrar en medio de ellos sin luz, les arrojaba en un tumultuoso pánico. Jamás después de la puesta del sol encontré uno sólo fuera ó durmiendo aislado. Sin embargo, yo fui demasiado estúpido para no comprender que aquel temor debía ser una lección para mí y á pesar de la angustia de Weena, me obstiné en dormir separado de los grupos.

«Esto la turbó mucho, pero al fin, su singular afección por mí, triunfó, y en las cinco noches que duraron nuestras relaciones, comprendiendo en ellas la última de todas, durmió reclinada en mis brazos. Pero, hablándoles á ustedes de ella me aparto de mi relato. La noche que siguió al día en que la salvé, dormí poco despertándome á la aurora. Había estado agitado, soñando que me ahogaba y que las anémonas marinas me palpaban el rostro con sus apéndices húmedos. Me desperté sobresaltado y con la impresión extraña de que algún animal grisáceo acababa de huir fuera de la pieza. Ensayé volverme á dormir pero estaba inquieto y con malestar. Era la hora tierna y gris en que las cosas surgen de las tinieblas, en que los objetos son incoloros y se perfilan de una manera irreal. Me levanté, penetré en el gran salón y me detuve en el vestíbulo con el ánimo de ver salir el sol.

«La luna descendía al Oeste; su claridad

moribunda y las primeras palideces del alba se mezclaban en tenues fulgores espectrales. Los matorros eran de un negro profundo, el suelo de un gris sombrío, el cielo tierno y triste. En el flanco de la colina creí percibir fantasmas. Tres veces en tanto que escrutaba la pendiente que se extendía delante de mí, ví formas blancas. Dos veces creí ver una criatura blanca solitaria, que tenía el aspecto de un mono, y que subía la colina con rapidez; una vez, cerca de las ruinas ví tres de estas formas que tenían un cuerpo blanquiceo. Iban con gran prisa y no pude averiguar dónde se perdieron. Me pareció que se habían desvanecido entre las matas. Yo dudaba de mis ojos.

«Por fin, con una mañana muy tibia—la cuarta según creo de mi permanencia en aquel mundo—como buscarse para guarecerme del calor y de la fuerte luz, una ruina colosal, cerca del gran edificio en que comía y dormía, aconteció una cosa extraña: encaramándome á los amontonamientos de piedras, descubrí una original galería cuya extremidad y aberturas laterales estaban obstruidas por trozos de piedra desprendidos. A causa del contraste de la luz deslumbradora de afuera, me pareció al principio impenetrablemente oscuro. Penetré á tientas porque el brusco paso de la claridad á la obscuridad hacía voltijear ante mis ojos manchas de color. De pronto me detuve, estupefacto. Un par de ojos luminosos á causa de la reflexión de la luz exterior, me observaba en las tinieblas,

«El viejo é instintivo terror de las bestias

salvajes vino á mi espíritu. Apreté los puños y miré fijamente aquellos ojos llameantes. Después me vino al espíritu el pensamiento de la absoluta seguridad en que aquella humanidad parecía vivir, y recordé también su extraño miedo á la obscuridad. Pero dominando hasta cierto punto mi aprensión, extendí la mano y toqué entonces una cosa blanda. Inmediatamente los ojos aquellos se volvieron hacia otra parte, y una cosa blanca huyó rozándome. Me volví con la garganta seca, y ví atravesar corriendo el espacio aclarado una pequeña forma rara que recordaba al mono, con la cabeza un poco echada hacia atrás, de una manera muy curiosa. Chocó contra un bloque de granito, vaciló y desapareció bien pronto en la sombra espesa.

«La impresión que tuve de esto fué naturalmente imperfecta; pero pude notar que la figurita era de un blanco tierno y que tenía grandes ojos extraños de un gris rojizo, y también que llevaba, cayéndole sobre las espaldas, una larga cabellera blanca. Pero como he dicho, iba tan aprisa que no pude verla distintamente. Después de un minuto de vacilaciones, la seguí hasta el segundo amontonamiento de ruinas. Al principio nada pude ver, pero luego me encontré con una de esas enigmáticas aberturas redondas, en forma de pozos, de que ya he hablado. Entonces me vino repentinamente una idea. Acaso el animal aquel había desaparecido por ese camino. Encendí un cerillo é inclinándome hacia el pozo, ví desceuder á una creaturita blanca, que al retirarse me miraba con sus grandes ojos brillantes. Estó me

hizo estremecer. Tenía aquel ser extraño un aspecto tal de araña humana. Descendía á lo largo de la pared, y ví entonces por la primera vez una serie de barras de metal que formaban una especie de escala que se hundía en los pozos. En aquel momento el cerillo me quemó los dedos. Cuando encendí otro, el pequeño monstruo había desaparecido.

«No sé cuánto tiempo permanecí mirando hacia el pozo. Necesité cierto tiempo para persuadirme de que lo que había visto era algo humano. Gradualmente la verdad se abrió paso en mi cerebro. El hombre no era ya una sola especie, sino que se había diversificado en dos animales distintos; yo adivinaba que los graciosos niños del mundo superior no eran los solos descendientes de nuestra generación, sino que aquel sér lívido, inmundo, tenebroso, que había percibido, era también el heredero de las edades anteriores.

«Yo pensé en las columnas en que temblaba el aire y en mi teoría, de una ventilación subterránea y comencé á suponer su verdadera importancia.—Qué se esconderá en esos pozos tan enigmáticos? Mi curiosidad no podía detenerse ahí. Me espantaba la idea de bajar y sin embargo me dominaba horriblemente. En tanto que yo vacilaba, dos habitantes del mundo superior se perseguían en juegos amorosos, el macho arrojando flores á la hembra, que huía, llegó con ella hasta la espesura en que yo me encontraba.

«Parecieron alijidos de encontrarme ahí, apoyado contra el pilar derruido y mirando

el pozo. Era á lo que parecía, considerado como de muy mal gusto ver esos orificios; porque cuando les indiqué aquel en que estaba, ensayando fabricar en su lengua una pregunta á este respecto, su repugnancia fué visible y me volvieron la espalda. Pero como mis cerillos les interesaban, encendí dos ó tres para divertirles. Los dejé ahí y fuíme á buscar á Weena con el fin de ver si ella podía darme una explicación más satisfactoria. Pero mi espíritu estaba ya en revolución, mis suposiciones eran penosas. Ya me parecía poseer un hilo para encontrar el objeto de esos pozos, de esas chimeneas de ventilación y el misterio de los fantasmas. Muy vagamente me vino una idea que podía ser la solución del problema económico que me había intrigado.

«He aquí cuál era este nuevo punto de vista. Evidentemente aquella segunda especie de hombres era subterránea. Había particularmente tres hechos que me hacían pensar que sus raras apariciones en la superficie de la tierra eran debidas á su larga costumbre de vivir bajo del suelo. Desde luego tenían el aspecto lívido común á la mayor parte de los animales que viven en las tinieblas—el pez blanco de las grutas de Kentucky, por ejemplo.—Luego, esos grandes ojos con su facultad de reflejar la luz, son propios de las creaturas nocturnas, testigos el buho y el gato. Y por último, aquel evidente embarazo ante el pleno día, aquella huida precipitada y sin embargo torpe, hacia la obscuridad y la sombra y aquella actitud particular de la cabeza en tanto que el mónstruo esta-

ba en plena claridad. Todo esto afirmaba mi teoría de una sensibilidad extrema de la retina.

«Bajo mis piés, en consecuencia, la tierra debía estar ahuecada y atravesada de túneles y de galerías que eran la morada de la raza nueva. La presencia de las chimeneas de ventilación y de los pozos á lo largo de las pendientes de la colina, por donde quera, excepto á lo largo del valle en que se deslizaba el río—indicaban cuán inmensurables eran las ramificaciones. Qué cosa más natural por tanto que suponer que en ese mundo subterráneo era donde se efectuaba todo el trabajo necesario al confort de la raza que habitaba en el mundo superior? La explicación era tan plausible que yo la acepté inmediatamente y llegué hasta darme el por qué de esta división de la especie humana.

«Me parecía claro como el día, que la extensión gradual de las diferencias sociales, ahora simplemente temporales entre el capitalista y el obrero, era la clave de la situación. Sin duda esto os parecerá un poco grotesco—y locamente increíble.—Pero hay ahora hechos existentes para indicar le camino. Existe una tendencia á utilizar el espacio subterráneo para las necesidades menos decorativas de la civilización; hay en Londres, por ejemplo, el *metropolitano* y, recientemente los tranvías eléctricos subterráneos, pasajes y calles subterráneas. Restaurants y talleres subterráneos crecen y se multiplican. Evidentemente, pensaba yo, esta tendencia se ha desarrollado hasta que la industria perdió gradualmente su derecho de existencia

al sol. Quiero decir que se extendió más y más profundamente y en talleres subterráneos más y más vastos creciendo sin cesar, hasta que al fin.....

«No hay ahora acaso obreros que viven ya en condiciones de tal suerte artificiales que están prácticamente separados de la superficie natural de la tierra?

«Además, la tendencia exclusiva de la clase posesora—debida sin duda al refinamiento creciente de su educación y á la distancia que se aumenta entre ella y la ruda violencia de la clase pobre—la lleva ya por su propio interés á cerrar considerables partes de la superficie de la comarca. En los alrededores de Londres, por ejemplo, la mitad cuando menos de los más lindos parajes está cerrada á la multitud y ese mismo abismo creciente—debido á los procedimientos más elevados de educación y al aumento de refinamientos de las clases ricas,—debe volver menos y menos frecuente ese connubio de clase á clase, esas relaciones de cambios que retardan al presente la división de la especie humana.

«Así pues, el gran triunfo de la humanidad que yo había soñado, tomaba en mi espíritu una forma del todo diferente. No había sido como yo lo había imaginado, un triunfo de la educación moral y de la cooperación general. Yo veía en lugar de eso una real aristocracia armada de una ciencia perfecta y llevando á su conclusión lógica el sistema industrial de ahorros. Su triunfo no habría sido simplemente un triunfo sobre la naturaleza sino un triunfo á la vez sobre la

naturaleza y sobre el hombre. Esta, debo advertirlo á ustedes, era mi teoría del momento. No tenía yo cicerone alguno conveniente en este modelo de utopía. Mi explicación puede ser absolutamente falsa, creo que es sin embargo la más plausible, pero aún con esta suposición la humanidad que había todo alcanzado por fin, debía haber pasado hacía mucho tiempo de su zenit y avanzado muchísimo hacia su declinación. La seguridad perfectísima de los habitantes del mundo superior les había llevado insensiblemente hacia la degenerescencia, hacia una minoración general de estatura, de fuerza y de inteligencia. Eso podía yo testificarlo ya de una manera suficientemente clara, sin poder suponer aún lo que había acontecido á los habitantes del mundo inferior; pero, según lo que yo había visto de los Morlocks—porque á propósito éste era el nombre que se daba á esas criaturas—podía imaginarme que las modificaciones del tipo humano eran aún más profundas que entre los Eloís, la hermosa raza que yo conocía.

«Entonces me vinieron dudas importunas. Por qué los Morlocks habían tomado mi máquina? Porque yo estaba seguro que eran ellos quienes la habían tomado. Y por qué si los Eloís eran los amos, no podían hacer que se me devolviese mi máquina? Por qué tenían tanto miedo á las tinieblas? Ensayé como lo he dicho preguntar á Weena algo sobre ese mundo inferior, pero en esto también sufrí un desengaño. Al principio no quiso ella comprender mis preguntas; después rehusó responderlas. Se extremecía como

si tratar de aquello le fuera insoportable. Y cuando yo insistí, acaso con alguna rudeza, se echó á llorar. Fueron estas las solas lágrimas que con las mías, ví correr en aquella edad feliz. Cesé, viéndolas, de molestarla apropósito de los Morlocks y me ocupé simplemente en hacer desaparecer de los ojos de Weena aquel signo de la herencia humana. Bien pronto la hice sonreír y aplaudir, encediendole solemnemente un cerillo.

IX.

LOS MORLOCKS.

«Puede parecer á ustedes extraño que yo haya dejado pasar dos días antes de perseguir la nueva indicación que me ponía sobre el verdadero camino, pero experimentaba una aversión particular con respecto á esos cuerpos blanquizcos. Tenían exactamente ese color lívido que tienen los gusanos y los animales conservados en el alcohol, tales como se les ve en los museos zoológicos. Cuando se les tocaba eran de una frialdad repugnante. Mi aversión se debía probablemente á la influencia simpática de los Eloís, cuyo disgusto por los Morlocks empezaba ya á comprender.

«La noche siguiente dormí mal. Mi salud se hallaba, sin duda, quebrantada. Yo estaba abrumado de perplejidades y de dudas. Tuve una vez ó dos la sensación de un terror

intenso, á la cual no podía atribuir razón alguna definida. Recuerdo haberme deslizado sin ruido á la gran sala en que los pequeños seres dormían al claro de la luna—aquella noche Weena dormía entre ellos—y haberme sentido tranquilizado con su presencia. Vino en ese momento á mi espíritu la reflexión de que dentro de pocos días la luna sería nueva y más numerosas las apariciones de esas desagradables criaturas subterráneas, de esa nueva gusanera que había reempazado á la antigua.

«Durante esos dos días tuve la continua impresión de alguien que clude una tarea inevitable. Tenía la firme seguridad de que volvería á la posesión de mi Máquina, penetrando andazmente en aquellos misteriosos subterráneos. Sin embargo, no podía resolverme á afrontar ese misterio. Si hubiese tenido siquiera un compañero, la cosa habría sido diferente; pero estaba tan horriblemente solo, que la idea de descender me espantaba. No sé si comprenderían mi estado, pero sentía yo continuamente un peligro á mi espalda.

«Eran esa incesante inquietud, esa inseguridad las que acaso me arrastraban más y más lejos en mis exploraciones. Yendo hacia el sur, hacia el país montuoso que se llama ahora *Combe Wood*, noté á lo lejos, en la dirección del actual *Banstead*, una vasta construcción verde, de un género diferente de las que había visto hasta entonces. Era más grande que los más grandes palacios y ruinas que conocía; la fachada tenía un aspecto oriental con su lámpara de un gris pálido,

una especie de gris azulado de cierta especie de porcelana de china. Esta diferencia de aspecto sugería una diferencia de uso y me vino el deseo de llevar hasta ahí mi exploración. Pero el día había avanzado; yo había llegado á la vista de este sitio después de un largo y fatigado circuito. Así, pues, decidí reservar la aventura para el día siguiente y volví á las caricias de bienvenida de la pequeña Weena. Al día siguiente, en la mañana, me dí cuenta de una manera suficientemente clara de que mi curiosidad con respecto al palacio de Porcelana verde, no era más que un acto de auto engaño, que me daba un pretexto para eludir un día más la experiencia que temía. Resolví, pues, intentar el descenso sin perder tiempo, y á buena hora me puse en camino hacia el pozo situado cerca de las ruinas de granito y de aluminio.

«La pequeña Weena me acompañó corriendo y danzando alrededor de mí hasta el pozo; pero cuando me vió inclinarme por encima del orificio, pareció extrañamente desconcertarse.

—«Hasta luego, pequeña Weena, le dije besándola; después, dejándola en tierra, busqué á tientas los escalones de descenso con cierta prisa, porque temía ver desfallecer mi valor. Al principio ella me miró con asombro. Después lanzó un grito lastimero, y precipitándose hacia á mí trató de detenerme con todo el esfuerzo de sus manecitas. Creo que su oposición me excitó á continuar. La rechacé acaso con un poco de dureza, y en un instante estuve en la boca del pozo,

Entonces tuve que prestar toda mi atención á los escalones poco sólido, á los cuales me asía.

«Debí descender como doscientos metros. El descenso se efectuaba por medio de las barras metálicas fijadas en las paredes del pozo y como estaban adaptadas á las necesidades de seres mucho más pequeños y más ligeros que yo, me sentí rápidamente entorpecido y fatigado. Uno de los barrotes cedió repentinamente bajo mi peso y me creí precipitado en el abismo. Durante un momento estuve suspendido de una mano y después de esta experiencia ya no me atreví á descender. Aunque mis brazos y mis costados estuviesen vivamente adoloridos, continué aquel descenso insensato tan rápidamente como pude. Habiendo levantado los ojos, ví la abertura, un pequeño disco azul en el cual era visible una estrella, en tanto que la cabeza de la pequeña Weene se proyectaba redonda y sombría. El ruido regular de alguna máquina por debajo de mí, se volvía más y más fuerte y ensordecedor. Todo, excepto el pequeño disco que estaba por encima de mí cabeza, era profundamente oscuro y cuando levanté los ojos de nuevo, Weene había desaparecido.

—Yo estaba en una agonía de inquietud. Pensaba en encaramarme de nuevo y dejar tranquilo al mundo subterráneo. Pero al mismo tiempo que pensaba en esto seguía descendiendo. Por fin, con un inmenso alivio percibí vagamente á alguna distancia, á mi derecha, en la pared, una abertura exigua. Me introduje en ella y encontré que era

el orificio de un estrecho tunel horizontal, en el cual podía extenderme y reposar. Ya lo necesitaba por cierto. Mis brazos estaban adoloridos, mi espalda encorvada y me estremecía con el terror prolongado de una caída. Además, la obscuridad no interrumpida había tenido sobre mis ojos un efecto doloridos. El aire estaba lleno del resuello de las máquinas que bombeaban el aire en lo bajo del pozo.

«No sé cuánto tiempo permanecí extendido allí. Me desperté por el contacto de una mano blanda que se paseaba sobre mi rostro. Busqué rápidamente mis cerillos y con precipitación encendí uno, lo que me permitió ver inclinados sobre mí á tres seres lívidos, semejantes á los que había visto en las ruinas y que huyeron velozmente ante la luz. Viviendo como ellos lo hacían en las que para mí eran impenetrables tinieblas, sus ojos eran anormalmente grandes y sensibles como lo son las pupilas de los peces que viven en las grandes profundidades, y de la propia suerte reflejaban la luz. Me persuadí de que podían verme en aquella profunda obscuridad y ellos no parecieron tenerme miedo, aparte de su horror á la luz. Pero inmediatamente que yo encendí un cerillo para tratar de percibirlos huyeron y desaparecieron por entre sombríos túneles desde donde sus ojos se fijaban en mí de la manera más extraña.

«Ensayé llamarles, pero el lenguaje que hablaban era aparentemente diferente del de las gentes de arriba; de suerte que me quedé abandonado á mis solos esfuerzos, y la idea

de una huída inmediata se apoderó en seguida de mi espíritu. «Tú estás aquí ahora para saber lo que pasa,» me dije entonces y avancé á tientas en el túnel, en tanto que crecía el ruido de las máquinas. Bien pronto no pude ya sentir las paredes y llegué á un espacio más amplio. Encendiendo otro cerillo, ví que me encontraba en una vasta caverna arqueada que se extendía en las profundas tinieblas más allá del alcance de mi cerillo, y la examiné durante el corto instante que el cerrillo duró.

«Necesariamente lo que recuerdo es muy vago. Grandes formas como enormes máquinas surgían de las tinieblas y proyectaban fantásticas sombras negras, en las cuales los Morlocks, como tiernos espectros, se abrigan de la luz. La atmósfera era sofocante y emanaciones de sangre frescamente vertida flotaban en el aire. Un poco más lejos, en el centro de una meseta de metal blanquizco estaba arreglado un almuerzo. Los Morlocks eran, pues, carnívoros.

«En aquel momento recuerdo haberme preguntado qué gran animal podía haber sobrevivido para proporcionar la pieza sangrienta que yo veía. Todo esto era confuso; el olor sofocante, las grandes formas, los seres inmundos escondidos en la sombra y no esperando más que la vuelta de la obscuridad para volver sobre mí! Entonces el cerillo se extinguió, me quemó los dedos y cayó como una mancha roja rayando las tinieblas.

«Después pensé cuán mal equipado estaba para una experiencia tal. Cuando me puse en camino con la máquina, partí con la

absurda suposición de que los humanos del porvenir debían, ciertamente, ser superiores hasta el infinito á nosotros en todos los sentidos y había llegado sin armas, sin remedios, sin provisión para fumar,—á veces el tabaco me hacía una falta horrible—y ni siquiera trafa suficientes cerillos.

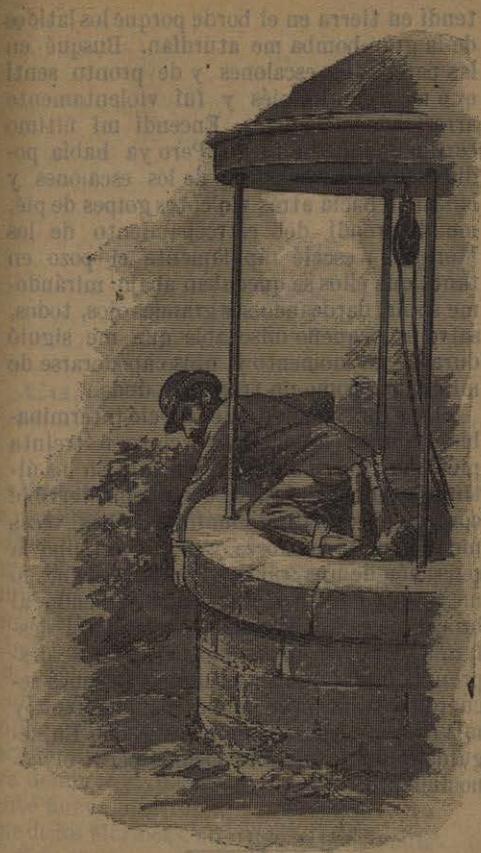
«Si hubiese siquiera pensado en un aparato fotográfico para tomar una instantánea de ese mundo subterráneo, á fin de poder examinarla más tarde á mi antojo. Pero sea como fuere, yo estaba ahí con las solas armas y los solos recursos de que me había dotado la naturaleza—manos, piés y dientes, y además cuatro cerillos suecos que me quedaban aún.

«Temía aventurarme en las tinieblas en medio de todas aquellas máquinas y á la luz de mis cerillos advertía que mi provisión de ellos se agotaba. Jamás me había venido á la mente antes de aquel momento la idea de que tuviese necesidad de economizar mis cerillos, y había desperdiciado casi la mitad de la caja en asombrar á los Elois, para los cuales el fuego era una novedad. No me quedaban ya más que cuatro. En tanto que permanecía yo ahí, en la obscuridad, una mano tocó la mía, dedos flácidos me palparon el rostro y percibí un olor particularmente desagradable. Me imaginé oír al rededor de mí los alientos de una multitud de esas personitas. Sentía dedos que ensayaban apoderarse dulcemente de la caja de cerillos que tenía yo en la mano y otros detrás de mí que me tiraban de las ropas, y me era indeciblemente desagradable adivinar á esas cria-

turas á quienes no veía y que me examinaban. La idea repentina de mi ignorancia de sus maneras de pensar y de obrar, me vino vivamente al espíritu en aquellas tinieblas. Me puse á lanzar gritos tan fuertes como pude y se apartaron vivamente; después los sentí aproximarse de nuevo. Sus tocamientos fueron más atrevidos y se murmuraban los unos á los otros sonidos extraños. Me estremecí violentamente y me puse á lanzar gritos de una manera discordante. Esta vez se alarmaron menos seriamente y se aproximaron con una risita singular. Debo confesar que estaba horriblemente asustado. Me decidí á encender otro cerillo y á escaparme protegido con la luz; hice durar éste, inflamando una hoja de papel que me encontré en mi bolsa y operé mi retirada hacia el estrecho túnel.

«Pero apenas penetraba cuando la llama se extinguió y en la obscuridad pude oír á los Morlocks bullir como el viento en las hojas en que cae la lluvia, en tanto que se precipitaban en mi persecución.

«En un momento me sentí asido por muchas manos y no podía dudar de su intención de arrasurarme para atrás. Encendí un cerillo y lo agité frente á sus rostros asustados. Ustedes podrían difícilmente imaginarse cuan poco humanos y nauseabundos parecían,—con el rostro lívido y sin barba y sus grandes ojos de un gris rosado y sin párpados—en tanto que se detenían cegados y sorprendidos. Pero yo casi no me detenía en considerarlos, pueden ustedes estar seguros de ello. Continuaba mi retirada y cuando se



apagó el segundo cerillo, encendí el tercero. Estaba ya casi consumado cuando llegué á la abertura que se abría en el pozo. Me ex-

tendí en tierra en el borde porque los latidos de la gran bomba me aturdían. Busqué en las paredes los escalones y de pronto sentí que me asían los piés y fui violentamente arrastrado hacia atrás. Encendí mi último cerillo que no dió fuego. Pero ya había podido sin embargo asirme de los escalones y lanzando hacia atrás violentos golpes de pié, me desprendí del estrechamiento de los Morlocks y escalé rápidamente el pozo en tanto que ellos se quedaban abajo mirándome subir, dardeando sus grandes ojos, todos, salvo un pequeño miserable que me siguió durante un momento y quiso apoderarse de mi calzado como un trofeo sin duda.

«Este escalamiento me pareció interminable. Durante los últimos veinte ó treinta piés, me vino una nausea mortal. En los últimos escalones sostuve una lucha terrible contra el desfallecimiento. Muchas veces me dió vuelta la cabeza y se me anticipó la sensación de una caída. Por fin, llegué lo mejor que pude hasta arriba y subiendo al brocal me escapé vacilante hacia el sol deslumbrador. Parecíame que del sue'lo se desprendía un olor dulce y limpio. Después recuerdo á Weena que me besaba mis manos y mis orejas y las voces de otros Elois. En seguida, y durante cierto tiempo perdí el conocimiento.

X

Quando vino la noche

«Me encontraba, después de esta empresa en una situación realmente peor que antes. —Hasta entonces, salvo durante la noche de angustia que siguió á la pérdida de la Máquina, yo había tenido la esperanza reconfortante de una liberación, pero esta esperanza se había quebrantado por mis recientes descubrimientos. —Hasta entonces me había creído simplemente retardado por la pueril simplicidad de los Elois y por alguna fuerza desconocida que no me era dado comprender para dominarla; pero un elemento enteramente nuevo intervenía con la horrible especie de los Morlocks, algo inhumano y maligno. Yo experimentaba por ellos un odio instintivo. Antes había experimentado lo que experimentarí un hombre que cayese en un pozo: mi sola idea era el pozo y la manera de salir de él. Ahora me sentía como una bes-